

BX2353
R3
1885
V. 1

Es propiedad.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

MADRID, 1935.—Est. Tip. «Sucesores de Rivadeneyra», Paseo de San Vicente, núm. 20.

PRÓLOGO.

Dios, Sér eterno, santo y perfecto, nada hace en el tiempo sino con relacion á la eternidad; nada hace en el órden de la naturaleza que no lo ordene al órden de la gracia; nada hace por el hombre que no sea para gloriarse en el hombre y por el hombre, atrayéndole á Sí, llenándole de su amor y haciéndole participante de su propia felicidad.

Así, pues, cuando al ir á formar á la mujer al principio del mundo, dijo Dios: «No es bueno que el hombre esté solo; hagámosle una ayuda semejante á él: *Non est bonum esse hominem solum; faciamus ei adiutorium simile sibi*» (*Genes.*, II); por estas grandes palabras, de las que quiso hacer una ley de órden social, constituyó á la mujer como la *ayuda del hombre*, no sólo en todo aquello que se refiere á sus necesidades materiales, sino tambien principalmente en todo aquello que tiene relacion con sus necesidades espirituales. Es, pues, un deber de la mujer cuidar del hombre, edificarle con sus ejemplos, mejorarle con sus santas inspiraciones y santificarle con sus virtudes. *Ayudar* al hombre á conseguir su salvacion es el fin principal de la mujer, su mision, su ministerio, su gloria, su grandeza y su dignidad. Así, pues, la mujer tiene, segun los designios de Dios, una delegacion, ó más bien una consagracion religiosa. Ella es, en cierto modo, *el sacerdote de la familia*, así como el hombre es el rey de ella.

011786

Pero observemos tambien que las palabras «no es bien que el hombre esté solo» tienen indudablemente un sentido general, indeterminado y absoluto, y que, por consiguiente, las palabras «hagámosle una ayuda semejante á él» tienen el mismo sentido y significan que Dios ha constituido á la mujer como la *ayuda del hombre* en cualquier estado ó condicion en que él se encuentre. Es decir, que la mujer no es sólo la ayuda del hombre en el estado doméstico, sino tambien en el estado político y en el estado religioso; no es sólo la ayuda del hombre esposo, sino tambien la ayuda del hombre rey y del hombre sacerdote; en una palabra, que, independientemente de su mision en la familia, tiene la mujer una mision que ejercer en el Estado y áun en la Iglesia.

En la segunda parte de esta obra se verá cuál es la mision que la mujer está llamada á ejercer en la Iglesia y en el Estado, y cómo ha cumplido la mujer católica esta mision desde el principio del Cristianismo hasta nuestros dias. Entre tanto, seános permitido consignar aquí el trabajo infernal con que, desde que las ideas y los principios paganos invadieron los países cristianos, se ha tratado de paralizar toda la accion y de neutralizar toda la influencia de la mujer católica en la Iglesia y en el Estado, lo mismo que en la familia, y de aislar al hombre sacerdote y al hombre rey, lo mismo que al hombre esposo y al hombre padre, de la *ayuda* misteriosa que Dios le habia dado.

No era fácil engañar al hombre sacerdote é inspirarle una injusta desconfianza de la adhesion de la mujer católica á la causa de la Iglesia; se ha procurado, pues, engañar á la mujer católica é inspirarle una desconfianza más injusta aún del celo del hombre sacerdote (1).

En cuanto al hombre rey, se le ha dicho: «Guardaos de que la mujer católica se mezcle en los negocios públicos. Existe una

(1) Este trabajo, comenzado por Molière en el siglo XVII, ha sido continuado por los folletos de los llamados filósofos en el siglo siguiente, y en nuestro siglo ha sido terminado por M. Michelet, cuyo libro *Sobre la familia* no es otra cosa que un comentario sin pudor del *Hipócrita*.

especie de afinidad particular, una especie de parentesco espiritual entre la mujer católica y el sacerdote, y el dia en que la mujer católica ponga el pié en vuestro palacio, el sacerdote entrará tambien con ella; ellos reinarán en vuestro lugar, y vos no seréis más que su juguete.» Y de este modo se ha excluido á la mujer católica de toda participacion en los negocios del Estado, tanto por odio al sacerdote, como por el menosprecio de la mujer católica, que el paganismo, que domina en la política, ha introducido en los espíritus.

Esto consiste en que, bajo pretexto de querer *emancipar* el Estado del yugo de la Iglesia, se ha querido arrojar del Estado el principio cristiano y reemplazarlo con el principio pagano; esto consiste en que se ha querido formar la religion con la mitología, la política con la historia griega y romana, y las leyes con Maquiavelo. Y como el principio cristiano sólo estaba representado en el Estado por el sacerdote y sostenido por la mujer, se ha intimado bruscamente al sacerdote que se retire á la sacristía y se ha encerrado á la mujer en la sala ó en el retrete, á pesar de hacerle grandes cortesías, pero sin dejarla salir á no ser que sea para ir al baile ó á la ópera. Por un resto de pudor se ha aparentado todavía apreciar á la mujer y al sacerdote; se ha acariciado á aquélla, pero ha sido para corromperla, y se ha pagado á éste, pero ha sido para esclavizarle; y desembarazado el hombre de todo aquello que podia recordarle á Dios ó conducirle á Dios, se ha creído dichoso con poder *reinar y gobernar* sin Dios. Nosotros no necesitamos decir lo que ha sido ese reinado y ese gobierno del hombre por el hombre. La Europa, y la Francia en particular, lo saben demasiado. Filósofos de la duda y de la materia, políticos del interes y de la astucia, Dios os ha sometido á la prueba: Él os ha dejado obrar por espacio de setenta años. ¿Y qué es lo que habeis sabido hacer? ¡*Nada, nada, nada!*..... Digo mal: vosotros habeis sabido destruirlo todo y crear el caos. Por espacio de tantos años no habeis hecho más que charlar sin hablar, raciocinar sin deducir y trabajar sin edificar. Semejantes al insecto, que ensucia y marchita todo cuanto

toca, vosotros habeis desfigurado todo aquello sobre que habeis puesto la mano, y aún todo cuanto habeis nombrado lo habeis desacreditado. Vosotros habeis querido formar Constituciones, y ninguna de ellas ha sobrevivido á sus autores; vosotros habeis querido formar la libertad, y ella ha desaparecido; la economía pública, y jamas han estado los pueblos más abrumados por los impuestos; el gobierno parlamentario, y lo habeis hecho impopular y despreciado de todos. En cuanto á las mejoras incontables que la sociedad ha obtenido en estos últimos tiempos, haceis una injusticia en atribuíros las y en jactaros de ellas. Ellas no son otra cosa que el desarrollo necesario del principio cristiano, que vosotros no habeis podido destruir completamente; ellas han sido conquistadas sin vosotros y aún á pesar vuestro. Sólo desde que vosotros habeis querido mezclaros en ellas ha sido necesario comprarlas con torrentes de lágrimas y de sangre. Vuestra verdadera dote es únicamente la impotencia, y vuestra verdadera habilidad es tan sólo para destruir. ¡Gloriaos, pues, de haberos emancipado de toda influencia del sacerdote y de la mujer cristiana; es decir, de toda la influencia de la Religion y de Dios!

Se ha dicho también al hombre esposo y al hombre padre: «La mujer no existe más que para regalo del hombre, para prepararle la comida y para darle hijos. Los negocios de la familia y la educacion de estos mismos hijos no tienen que ver nada con ella; todo esto es de la incumbencia exclusiva del hombre, y la mujer nada tiene que hacer ni que ver en todo esto.» El hombre esposo y el hombre padre se ha dejado engañar por este lenguaje insidioso y halagüeño para su orgullo, se ha encerrado en el absolutismo del poder doméstico, ha rehusado dividir el cargo de su mando con *su ayuda*, la compañera inseparable de todos sus goces y de todos sus dolores; ha querido reinar solo en la familia, y los negocios domésticos se han arruinado, lo mismo que los negocios públicos, y la anarquía ha invadido la familia lo mismo que el Estado.

De este modo se ha conseguido, no sólo privar al hombre de los auxilios preciosos que encuentra siempre en la piedad, en el

buen sentido y en el afecto de la mujer, sino que se ha conseguido también rebajar á la mujer y hacerla descender hasta el último grado de la escala social. Felizmente el Catolicismo, á pesar de los esfuerzos diabólicos que se han hecho de dos siglos á esta parte para destruirlo, tiene todavía demasiada vida y demasiado poder, aún en los países mismos en que ha sido más combatido. De otro modo se hubiera visto, aún en nuestras comarcas, volver la mujer á ser lo que ha sido siempre y lo que es todavía en todos los pueblos paganos: un innoble instrumento de placer, una *cosa*, y volver á caer en el abismo de degradacion y de esclavitud de donde el Cristianismo la sacó. Sin embargo, bajo cierto aspecto, no deja de ser ella, aún en los países católicos, un sér arrojado de su lugar, caído de su trono, despojado de sus derechos; un sér que no tiene libertad sino para el mal; un sér relegado, por el orgullo estúpido del hombre, al mundo de los placeres y de las frivolidades, y á pesar de que se halla rodeada de todos los refinamientos de la vanidad y del lujo, de que se le ha dejado gozar, es todo lo esclava que puede ser.

El divorcio, que no es más que un pensamiento y una institucion pagana en perjuicio de la verdadera libertad de la mujer, aún en los países donde no existe de derecho, existe de hecho. No siempre se echa de casa á la mujer; pero no por eso se deja de repudiarla para tomar otra, á quien se da el nombre y la consideracion de tal. Es imposible formar una idea de las humillaciones y los dolores que una mujer á quien su respeto á la religion y á sí misma no le permiten hacer otro tanto por su parte, debe sufrir para prevenir ó para tolerar una situacion semejante. Esto es más que la esclavitud, esto es ese martirio del alma de que habla San Ambrosio, y que no porque se efectúa diariamente sin ruido ni publicidad, en el secreto de las paredes domésticas, deja de ser un martirio, muchas veces más cruel y más terrible que el del cuerpo: *Sunt quædam, inter domesticas parietes, secreta martyria*. ¡ Pobres criaturas! ¡ Esos son los beneficios que debeis al protestantismo y á la filosofía!.....

Á fuerza de engañar á la mujer sobre el fin de su existencia y de dejarla ignorar la grandeza de su mision y la nobleza de su destino, se ha conseguido humillarla y degradarla á sus propios ojos, é impulsarla de este modo al desórden. Porque si muchas veces esta interesante criatura se entrega al desórden porque se estima demasiado, son muchas más las que se entrega á él porque no se estima suficientemente, porque no se respeta lo bastante. Porque se desprecia á sí misma es por lo que desespera de sí misma bajo el punto de vista religioso y social.

No basta, pues, hoy dia realzar á la mujer á los ojos del hombre, sino que es necesario realzarla tambien á sus propios ojos; es necesario hacerle conocer su grandeza y su importancia; es necesario recordarle lo que ella es en el órden providencial; es necesario hacerle conocer, en cuanto sea posible, la importancia inmensa de las inefables palabras con que Dios, su Criador y su Señor, la constituyó la *ayuda del hombre*, semejante á él por la comunicacion de un mismo espíritu y por la identidad de una misma naturaleza, á fin de impedir que se degrade á sí misma, y de hacer que ella sea lo que debe ser para la felicidad del hombre y de la sociedad.

Con el fin de contribuir en cuanto podamos á este doble objeto, hemos publicado nuestras *Homilias sobre las mujeres del Evangelio*, en las que, por medio de los bellos y edificantes ejemplos de aquellas santas y sublimes mujeres, hemos procurado inspirar á la mujer el espíritu de Jesucristo y de su Evangelio, que constituye todo su poder para el bien y toda su gloria; y con este mismo fin hacemos ahora que á *Las mujeres del Evangelio* sigan *Las mujeres posteriores al Evangelio*.

Al principio creimos poder tratar de este asunto en el prólogo de *Las mujeres del Evangelio*, y despues en un opúsculo separado; pero aumentándose á nuestros ojos su interés y su encanto á medida que escribiamos, y extendiéndose éstos cada vez más bajo nuestra pluma, hemos formado los dos volúmenes que publicamos ahora, en los que, bajo el título de LA MUJER CATÓLICA, tratamos del catolicismo en sus relaciones con la mujer, y

de la mujer católica en sus relaciones con la familia, con el Estado y con la Iglesia.

Nosotros hemos dividido esta obra en tres partes: en la primera demostramos la necesidad que hay actualmente de dedicarse de una manera especial á la educacion de la mujer bajo el punto de vista religioso, y de arraigar el Catolicismo en su espíritu y en su corazon, á fin de que, en la catástrofe religiosa que se prepara, y que podrá trastornarlo todo para que todo sea restaurado despues, pueda la mujer conservar el Catolicismo en Europa al fin del siglo XIX, como lo conservó en Francia al fin del siglo XVIII. Despues, con la Historia en la mano, de la condicion de la mujer en las diferentes épocas y en los diversos países del mundo, le ponemos á la vista, por una parte, el horrible y repugnante cuadro de su humillacion y de su esclavitud bajo el imperio del paganismo, del mahometismo, de la herejía y del cisma; y por otra, el cuadro delicioso y consolador de su dignidad y de su independencia en el seno del Catolicismo, á fin de obligarla á adherirse á esta religion santa y consagrarse á ella. Con este motivo exponemos los inconvenientes del divorcio y las ventajas de la institucion evangélica de la indisolubilidad del matrimonio, bajo el punto de vista filosófico, teológico y social, y siempre en beneficio de la verdadera grandeza y de la verdadera libertad de la mujer. Nosotros le demostramos que participar de ciertas teorías en favor del *matrimonio de arrendamiento*, que *aun hoy dia* corren entre la clase más abyecta de la sociedad, sería en la mujer una cosa tan estúpida como impía, porque esto sería conspirar contra sí misma y suscribir el innoble é inicuo tratado de su degradacion, de su servidumbre, de sus miserias y de su desesperacion.

En la segunda parte se encontrarán, no las vidas, sino los retratos del espíritu y del corazon de las mujeres católicas más célebres en las cinco grandes épocas de la historia de la Iglesia: 1.º, en la época de Jesucristo y de los apóstoles; 2.º, en la época de los mártires; 3.º, en la época de los padres de la Iglesia; 4.º, en la Edad Media, y 5.º, en los tiempos modernos.